III CERTAMEN DE RELATOS CORTOS “VILLA DE ESGRAFIADO”

SONATAS

“Javier Molina Palomino”

CATEGORÍA: GENERAL

 Si le soy sincera, señoría, yo no tenía muchas esperanzas de que me recordase después de tantos años, pero ya no podía postergar más el viaje. Para mí era una cuestión de supervivencia, pues de lo contrario enloquecería. Así que tomé la diligencia en Santiago de Compostela y dos días después me presenté en Madrid. Aún recuerdo la fecha: 2 de febrero de 1905. Así también lo declaré a la policía.

 En el equipaje, mezclado entre las ropas, llevé un pastel de carne con espinacas, su plato favorito. Estaba segura de que le gustaría revivir los años de infancia en mi compañía; los juegos en el patio de la escuela mientras esperábamos a don Eloy, el maestro; o los misterios que descubrimos en el viejo pazo del bosque de Cecebre. Le contaría que me he leído todos sus libros más de una vez, también sus artículos, sus poemas, sus sonatas. Le hablaría de mis poesías y de lo mucho que he soñado con el momento de estrecharlo entre mis brazos. Y juntos, nos perderíamos por los laberintos del deseo y la pasión. En mí encontraría a una secretaria, una escribiente, una amante, una esposa y una mujer para sus hijos. He nacido para eso y así se lo diría a don Ramón, mi gran y único amor.

 Pero una cosa es la vida que planificamos y otra muy diferente la que nos tiene reservada el destino, como usted sabe bien, señor juez.

 Al llegar, me instalé en una pensión barata, infestada de olores, que regentaba una viuda usurera y huraña. Creo que no se tragó la historia que le conté sobre mí: la de que era una joven huérfana que esperaba la llegada de un tío rico desde Cuba. Y no se lo creyó porque a los tres días llamó a la puerta recordando la deuda que tenía pendiente. Al quinto día se presentó con su sobrino, un carbonero que no cabía por la puerta y de la peor calaña, que trabajaba de noche en el ferrocarril. Ante semejante poder intimidatorio, jamás se me ocurrió retrasarme en el pago. Y ya no le importaba si de verdad era huérfana y tenía un tío cubano muy rico; o si había venido sola y con lo puesto desde mi Galicia natal.

Como el dinero no me iba a durar eternamente aceleré el plan para acercarme a don Ramón. Sabía que solía acudir a las tertulias que organizaban sus amigotes en el Café de la Montaña, así que una tarde me dejé caer por allí. Pero no conocer las rutinas de un escritor tan afamado tenía la desventaja para mí de tener que emplear las tardes enteras a la puerta del café. Sentada en un banco, con la única compañía de mi soledad, mascullaba las palabras que ya tenía memorizadas, listas para ablandar el corazón de Valle-Inclán. Pero la noche se cernía, el café echaba el cierre y yo enfilaba el camino a la pensión con la esperanza de que el siguiente sería un día más propicio.

Fue al cabo del tercer día cuando al fin lo vi aparecer acompañado de varios hombres. Debían ser gacetilleros, o escritores, o maestros. Y todos se mostraban, sin ningún rubor que tintase sus mejillas ni su vergüenza, como unos aduladores que arrastraban su indignidad con cada risa, con cada palmada en el hombro de su ídolo. Me levanté para presentarme y hablarle de nuestros años mozos, del amor que le profesaba, pero una vieja que montaba guardia a la puerta del café se me adelantó. Antes de que Valle-Inclán reparara en mi presencia, la vieja se arrodilló implorando una limosna, por al amor de Dios. Y mi amor no tardó en responder.

 - Todos los días igual, menudo parásito. ¡Vete a pegar la sífilis a otro!... A José Echegaray, por ejemplo.- Exclamó en medio de las carcajadas de sus amigos. Y después pateó la mano de la pobre vieja, rociando el aire con las monedas que había cosechado ese día.

 Aquel era el hombre que me había hecho perder la cabeza, el mejor escritor del siglo, ese con quien había compartido pupitre los primeros años de aprendizaje en Santiago, el mismo que dijo envidiarme por ganar el concurso de redacción del colegio. De eso hace ya tanto tiempo, señoría… Cabizbaja, me sentí atrapada en un sentimiento encontrado de satisfacción y de amargura. Sus libros habían abonado la esperanza de unir mi vida con la suya. Habiéndolos leído más de tres veces supe que estábamos hechos el uno para el otro. Por eso mientras regresaba a la pensión quise convencerme de que no debía darle mayor importancia a la escena que acababa de presenciar.

 Insistí al día siguiente, porque a tozuda nadie me gana, y volví a la puerta del café. Llevaba el pastel de carne con espinacas y esperé la llegada de los bohemios. Pero intimidada por su número y por las dudas que me asaltaron de no ser bien acogida, los dejé pasar sin decir nada. Entraron entre voces y risas y yo me quedé fuera, sola e impotente. Sólo cuando unos minutos más tarde apareció un caballero desde la calle de San Jerónimo, reaccioné. Sabía que formaba parte de la misma tertulia. Su aspecto pulcro y educado me dio confianza. Se llamaba Fernando Segundo Brieva y Salvatierra, según supe después. Entonces sin pensármelo más, lo abordé y me presenté.

 - Si me hace usted el favor, se lo agradecería en el alma.- Le dije después de contarle toda mi vida, que él escuchó con paciencia de catedrático de Historia de España. Y a continuación le entregué el pastel.

 - No le prometo nada, señora…- Contestó don Fernando Segundo.- Aunque si dice usted que son amigos de la infancia, debería acompañarme y entregárselo en persona. Ande, venga conmigo. Después de tantos años, tendrán mucho de que hablar.

 - No, de verdad. Quiero ir poco a poco. Esperaré fuera.

 - Como quiera, señora.

 Mientras esperaba, fantaseé con la vida que nos aguardaría a partir de entonces, a buen seguro, colmada de alegría, de esperanza, de futuro por los hijos que le iba a dar. Seríamos felices envejeciendo juntos. Transcribiría sus obras al dictado, corregiría sus manuscritos y me convertiría en musa para él. Y todo el mundo apreciaría la mejora que iba a introducir en su vida y su obra. Mi nombre también figuraría junto al suyo cuando le concedieran el Premio Nobel de Literatura, que no tardaría en merecer.

 En medio de mis ensoñaciones, señoría, salió del café don Fernando Segundo. Llevaba el pastel que le había entregado y ese detalle me hizo barruntar un mal presentimiento.

 - No se ofenda, señora, pero don Ramón no la conoce, ni tiene a bien recibirla.

 - No puede ser. Seguro que me conoce, nos criamos puerta con puerta. Es más, una tía mía sirvió como doncella en casa de su señora madre, dígaselo…

 - Señora…

 - Se acordará, seguro, de las comidas que preparaba para la noche de San Juan. Le encantaba el pastel de carne con espinacas y mi tía lo hacía muy rico… Ya sé, háblele de Remigio.

 - No insista…

 - Sí, a casa de Remigio acudíamos todos los niños a escucharle contar historias de la mar. Era marinero y contrabandista. Su padre estuvo en presidio. De él decían que era hijo de una sirena. Seguro que don Ramón se acuerda…

 - ¡Basta ya, señora! ¡Tenga el pastel y no vuelva más!.- Estalló don Fernando.- Por favor, no me haga repetir las palabras que me ha dicho sobre usted.

 - Entonces me conoce…

 - ¡Por supuesto, y ha dicho que ojalá se pudra usted en el infierno! Don Ramón es hombre muy ocupado y no puede perder tiempo en atender su demencia. Búsquese un hospicio o un exorcista… ¡Ah, y métase el pastel donde le quepa!.- Y volvió a entrar en el café, dando un portazo y dejándome sin habla en la calle.

Era evidente, señor juez, que aquel ya no era el Ramón que había conocido. No se atrevió siquiera a dirigirme la palabra. Además, el paso del tiempo, una miopía galopante y sus luengas barbas de rabino, habían degradado la imagen que aún conservaba de él. Regresé a la pensión con un hambre atroz, que no llegué a saciar con ese pastel de carne con espinacas que le había preparado con tanto amor. Había pasado casi una semana y la carne se había poblado de un moho verdoso y tupido. Así que arrojé el pastel por el puente de Segovia como una metáfora del final de una parte de mi vida, que había decidido tirar por la borda de una vez. Valle-Inclán había destrozado mi corazón pero no iba a permitir que se fuera de rositas.

Una no se imagina lo que su cabeza puede dar de sí hasta que no se pasa todo el día maquinando la manera de hacer justicia. Salvando las distancias, a usted le habrá pasado lo mismo, señoría. En mi caso, barajé desde un chantaje, un empujón inoportuno al paso de una calesa, unas gotas de cianuro en el vino y hasta una bala por encargo recurriendo al sobrino de mi casera. Sin embargo, después de pensarlo detenidamente, concluí que antes de llegar a la eliminación física, lo mejor era desacreditarlo públicamente. Un cadáver puede sobrevivir en la memoria como un mártir objeto de veneración. Pero un apestado… ¡Ay!, un apestado jamás dejará huella en la historia. En esa tarea me empleé los siguientes meses: en convertir a Valle-Inclán en un apestado. Y para ello primero debía acercarme a su entorno más cercano. No lo tenía difícil, pues el único que podía reconocerme físicamente era don Fernando Segundo, y sus obligaciones en la universidad le ausentaban de las tertulias con mucha frecuencia. Ese era el momento que yo aprovechaba para investigar en su entorno.

 Poco a poco, fui frecuentando sus ambientes, colándome entre las sufragistas y luego asistiendo a las charlas que organizaba el Ateneo de Madrid. Pero siempre procuraba sentarme próxima a las mesas que ellos ocupaban.

Lo primero que me sorprendió fue lo heterogéneo de sus ideas. Fíjese, había entre los tertulianos un grupo de ácratas que solía matar las tardes de los domingos en enconadas reuniones políticas. Como nunca se ponían de acuerdo, ya entrada la noche y con los vasos vacíos, era natural que entre ellos se lanzasen guantes para dirimir las diferencias en duelos a primera sangre, que solventaban en el parque del oeste con la amanecida. Apenas empleaban dos minutos en el trance, pues debían llegar de incógnito y esquivar a la guardia, que velaba por el orden del parque persiguiendo a los trileros, los duelistas y los suicidas. El primer rasguño de florete determinaba el peso de los argumentos en la acalorada tertulia y otorgaba la razón al que infligía el daño. Y ya a la tarde siguiente se reunían de nuevo como si nada hubiera pasado, dispuestos a discutir con el calor del vino, la conveniencia de una república o la aplicación de las ideas de Bakunin con todas sus consecuencias.

Ya declaré a la policía que los duelos son algo habitual en el parque del oeste, no sé si habrán tomado nota, señoría. Convendría que lo hicieran. Y no sólo duelos… sino también otros actos que atentan al decoro y al recto orden natural de las cosas. Fue entonces cuando pensé en arruinar la reputación de Valle-Inclán deslizando en gacetillas cartas anónimas en las que acusaba al escritor de pecados contra natura con jovencitos imberbes en las zonas más apartadas del parque.

Para esta tarea no sólo enviaba las cartas a los periódicos. También me pasaba por las puertas de los teatros y entraba en las iglesias llenando los bancos con notas de mi puño y letra para escándalo general. Los ingredientes del caldo ya estaban en la olla. Sólo faltaba que con el tiempo echara a hervir.

El día que comprobé si mi plan había resultado me vestí para la ocasión con mi mejor blusa, me perfumé con unas gotas de pachulí y me acerqué al Café de la Montaña. Los asiduos a las tertulias vespertinas contaban que don Ramón se jactaba de tener la habilidad de descubrir a los parias más estrafalarios de Madrid, proscritos que habitaban un submundo invisible a todos, salvo para don Ramón.

Al abrigo del tabaco de tertulia y los vinos de la casa, circulaban entre las mesas del café las historias de esos personajes singulares. A modo de desafío, los tertulianos competían por presentar el relato más trasgresor, el más inmoral o acaso el más hilarante. Sólo ponían como condición la veracidad de los hechos narrados. Aquella noche tocaba exhibición de raros. Y el primero en tomar la palabra fue un escritor de artículos de prensa, a quien conocí meses atrás. Por su aspecto y su personalidad bien merecería figurar en la nómina de esos personajes que ellos se empeñaban en rebuscar hasta debajo de las piedras. Se le veía envanecido por el origen griego de su apellido y con una aureola de bohemio que alimentaba con su pretendida amistad con Víctor Hugo y Alphonse Daudet, durante los años que vivió en París.

 - Esta es una historia trágica y enternecedora… ¡Señores, preparen sus pañuelos para enjugar las lágrimas que este cuento les arrancará en torrentes!- Exclamó Alejandro Sawa, que así se llamaba el susodicho, con su acento sevillano. Mientras, los demás le seguían el juego gesticulando teatralmente.

 - ¡Buah, buah, buah…!.- Ante semejante espectáculo, opté por volver la espalda dos mesas más allá.

 Y Alejandro Sawa se puso en pie y comenzó a vocear:

*“Por las calles que dan al Manzanares desde Príncipe Pío dicen que al anochecer se pasea una mujer con alma de gata y ojos de brea. Quienes la han visto dicen de ella que es una condesa caída en desgracia, de origen celta pero de cuna aún más baja que su cama. Y otros dicen que un tío indiano muy rico la ha desheredado mientras él se gasta su fortuna lejos de su Coruña de origen. Pero señores, no hagan caso de lo que dicen unos y otros, que nadie la conoce como yo. Tiene los labios lívidos, sí, y una tez cerúlea que pide para repararse un trago de aceite de ricino. Los ojos inyectados, no ya de sangre, sino de bilis, y la voz ronca y fatigada como de haber estado chillando veinte años seguidos. Pero hay algo en aquella naturaleza que nos traza a una mujer quizá hermosa hace mucho tiempo, y se ha venido abajo con estrépito. La ruina ha acabado de descargar sobre su cabeza hasta el extravío, en todos los sentidos que esta palabra tiene. Me dicen que es un amor que ha devenido en odio lo que la hace ser como es, un constante vaivén de sentimientos, tan falto de luces como sobrado de estupor. Pues ella es quien ha manchado estos meses de insultos el buen nombre de nuestro compañero y amigo don Ramón.*

 *Teresiña es su nombre y vive al amparo de una vieja casera que usa la pensión como casa de lenocinio. A veces toma una cesta de violetas y recorre el zoco de la plaza del Cascorro. Y cuando dan las siete de la tarde, la veréis acercarse a la puerta del Sol, donde lee manos por tres perras gordas y te echa mal de ojo si sólo le pagas dos. Pero es en el puente de los Franceses donde ejerce de poetisa, extraviada de rimas e inspiración. Si tienen suerte, desde allí pueden verla a la carrera, huyendo de las pedradas que los niños le arrojan a la mayor gloria de la justicia poética.*

 *Y así pasa los días Teresiña, entregada a los desvaríos de un amorodio que da sentido a su vida y no la deja vivir.”*

 Asistí estoica a la descripción de mi vida en este Madrid caótico, con una entereza digna de la mejor causa. Enseguida supe que mi plan había fracasado. No obstante quisiera hacer una puntualización, señor juez. Quizá la pensión fuera casa de lenocinio, no digo yo que no. Pero sí le digo que yo no participé de ese negocio más que cuando se acercaba la hora de pagar y no disponía de fondos para hacer frente a la deuda. Sólo entonces, no vaya a pensar otra cosa. Y en lo que respecta a Alejandro Sawa, desde ese día mereció el mayor de mis desprecios. En más de un conjuro, que aprendí de una meiga en la aldea donde me crié, he visionado su muerte, ciego y preso de la locura. Me queda el consuelo de que así se cumplirá.

Hecha esta aclaración, continuaré con mi confesión por donde iba, señoría.

Cuando los vítores de sus contertulios se apagaron, Alejandro Sawa tomó asiento. La oscuridad de la noche se colaba ya por los ventanales del café, y ahora le tocaba el turno a Valle-Inclán, a quien todos consideraban un especialista en descubrir parias. Además era imbatible a la hora de exponerlos. Desde luego, su puesta en escena era la mejor, había que admitirlo. Me di la vuelta para verlo en acción. Entonces don Ramón se puso en pie, hizo un canuto con su relato y golpeó las cabezas de sus compañeros de mesa mientras exclamaba:

* ¡A Dios rogando y con la maza dando!

 Supe que iba a hablar de Miguel Ángel de la Maza, un taxidermista de todo tipo de seres, de quien había oído hablar más de una vez.

 - A ese personaje ya le ha sacado todo el jugo.- Se quejaron algunos amargamente.

 - ¡Silencio, que aún no saben de la misa, la media!.- Se puso solemne don Ramón.

 - Eso es, cuente, don Ramón, cuente…- Le animaron los más entusiastas.

 Entonces Valle-Inclán desenrolló el papel, se puso en pie sobre la mesa con la ayuda de su único brazo y miró al tendido con la elegancia que gastaba Rafael El Gallo antes de ejecutar la suerte suprema. Se aclaró la voz y entonó con la flema de un actor de tragedia griega:

 *“Hace dos noches Madrid soportaba la lluvia que caía con la inquina de un cielo enojado. A mi derecha, don Esteban Martí, embozado en su capa de dómine, y al otro lado Miguel Ángel de la Maza y su calva aparatosa con orla de melenas, esquivábamos los charcos al cierre del café, camino del taller del taxidermista. A nuestro paso, como de fantasmas insomnes, se apartaban las beatas mascando salmos y hasta los gatos se escondían en las sombras. Llegamos a la puerta cuando la luna ya se abría paso de nuevo entre los jirones de las nubes. La estancia olía a sal, a almas errantes, a ese vagar avinagrado de los seres con cuentas pendientes. Miguel Ángel se despojó de la pelliza y señaló un enorme bulto en un rincón cubierto por una sábana.*

 *- Su pieza, don Esteban.- Dijo.*

 *Y el abogado se acercó allí, temeroso de desnudar a un fantasma o de malograr su sueño. Retiró la tela y un lobo de bocado póstumo apareció tras la sábana amenazándonos para siempre desde el otro lado de la vida, sobre su pedestal. Don Esteban dio un respingo.*

 *- Si llego a verlo tan fiero, no se me habría ocurrido apuntarle con el mosquetón. Habría salido corriendo.- Dijo.*

 *- Sin duda, el arrojo se lo ha dado el fusil de su señor padre. Tantos años sirviendo a la causa moldean el carácter de un buen carlista.- Tercié arrimando el ascua a mi sardina.*

 *Un quinqué de porcelana verde alumbraba el taller con temblor enclenque. Quisimos pensar que esa luz grimosa y algo pacata proyectaba un malévolo juego de luces y sombras sobre la cara del lobo, que unas veces parecía aplacar su furia y otras hacía mostrar su dentadura afilada con un brillo incandescente de sus ojos de pega. Ese es un instante donde todas las cosas se proyectan con toda su mudez. Si no nos saltó al cuello fue porque volvimos a vestirlo de fantasma con la sábana. Don Esteban Martí respiró aliviado.*

 *- Ayudadme, lo llevaremos a mi casa de campo.*

 *Le eché una mano, la única que tengo. Sacamos al animal por la puerta trasera del taller, amparados en la oscuridad de lo clandestino. Fuera, nos esperaba un coche tirado por cuatro acémilas, cuyas sombras al claro de luna evocaban a las de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis. El coche partió con don Esteban Martí tras un restallar de látigo y yo me quedé con Miguel Ángel de la Maza. Enseguida entró de nuevo en el taller, arrebujado en su capa de merinillo, fisgoneando con el hocico entre rejas y puertas. En medio de la oscuridad, el garabato de su sombra tiene reminiscencias de ermitaño. Cerró ventanas y armarios y ordenó el taller, inmerso en un silencio de tumba. Encendió un quinqué y un candelabro de cuatro brazos, y aproveché el momento para examinar la estancia: cromos y santicos por las paredes, varias camillas de hierro fundido, boliches de cristal traslúcido colgados de las lámparas, sábanas y tapetillos de primor casero, humo de vegueros. En bandejas de metal cromado había pinzas y agujas, escalpelos e hilachas de algodón. En las estanterías una colección de frascos de alcohol, ácidos, aceite de linaza y éter hacían guardia junto a varias talegas de sales y otros polvos. Y en el centro de la sala varias camillas y mesas se erigían en lechos sepulcrales de seres cubiertos por telas que impedían el vagar de sus almas. Sólo uno llamó mi atención por intuir una forma humana bajo el sudario. Así que levanté una esquina para confirmar mi hallazgo.*

 *- ¡Vive Dios que esto no es pezuña ni zarpa, que es un pie!.- Exclamé.*

 *Y Miguel Ángel de la Maza acercó su figura alombrigada y dijo con una voz de caña hueca.*

 *- Dejémoslo estar.*

 *Volvió a dejar la sábana como estaba. Su mirada, como de afectada condescendencia de dómine escolástico, no me infundía temor o perplejidad, sino algo más bien cercano a la misericordia. Los ojos curtidos de trasnoche, las manos flacas, los dedos largos de organista, razonan su expresión anómala y como deformada, de músico fugado de una orquesta. Toda su figura diluye una melancolía de vals, chafada por el humo de los habanos, por el roce de los muertos, por la lívida soledad de quien todavía no ha hallado una respuesta ansiada.”*

 Sin embargo, fíjese lo que son las cosas, señoría, aquella noche Valle-Inclán sucumbió al relato de Azorín, que con una mayor economía de lenguaje y sin necesitar una puesta en escena excesiva, narró a continuación la pintoresca vida de un vendedor de besos que ofrecía su húmeda mercancía en el puente de Segovia. Y lo hacía a cambio de una peseta, bajo la amenaza de arrojarse desde allí con el zurrón repleto de besos sin vender. Una historia más liviana que la del disecador de hombres, ¿no le parece?

 La reunión no dio más de sí y los bohemios se retiraron para ahogar a escondidas los efectos de sus resacas. En cambio, otros miembros del grupo se dispusieron a atender sus necesidades venéreas en los burdeles de Chamberí. Yo me quedé allí una hora más, terminando de apurar el anisete mientras pensaba en la inutilidad de mi propósito. Llevaba instalada cerca de un año en Madrid pero mi vida no había tomado los derroteros por los que aposté al abandonar Galicia. Yo buscaba entregarme a un amor ciego e infinito y la realidad me levantó un muro con el que choqué de bruces. Lo que sí tenía claro, señoría, es que no iba a regresar antes de ver cumplida mi venganza. Y el margen de maniobra se estrechaba porque a medida que iba conociendo la vida de Valle-Inclán, sus amistades, el lugar y el respeto que ya se había labrado entre los suyos, más consciente era de que echar abajo su reputación era una quimera.

 Sin embargo, la historia que había contado sobre ese extraño disecador de hombres me abrió una última oportunidad antes de intentar otros métodos más expeditivos, encaminados a acabar directamente con su vida. Yo ya había oído hablar de ese tal Miguel Ángel de la Maza, un taxidermista escurridizo que había depurado tanto su técnica, que (según decían) el mundo animal se le había quedado pequeño. Pero nunca di demasiada credibilidad a esos rumores. Muertos que parecían cobrar vida, tráfico de cadáveres, desprecio por las almas que son de Dios… A mí me parecían más bien historias de Mary Shelley contadas al abrigo de una mesa camilla en las noches de invierno.

 No sé qué pensará usted, señor juez, pero yo creo que tratar con muertos es algo muy serio que sólo deberían hacer los curas, los verdugos y los sepultureros. Se me ocurrió que en esta España de novenas y campanario no tiene cabida nadie que se tome los asuntos de ultratumba con tanta desfachatez. ¿O acaso se imagina a usted mismo tomando chatos con una persona que profana el descanso eterno, como si ese acto no tuviera consecuencias? ¿Dónde se ha visto eso? Alguien que se adentra en terrenos tan pantanosos debe afrontar las consecuencias de su desafío. Y esto, en el mundo real, equivale a convertirse en un proscrito, en un perseguido… en un apestado. Esta palabra volvió a reafirmarme en mi propósito de desacreditar a Valle-Inclán. Ya sólo necesitaba vincularlo con el taxidermista de hombres y denunciarlo a la autoridad judicial, eclesiástica y hasta literaria, por tráfico de cadáveres y profanación de descansos eternos.

 De modo que dediqué las siguientes jornadas a seguir los pasos de mi antiguo amor por las angostas calles del Madrid oculto que me conducirían al taller de Miguel Ángel de la Maza. Una labor que finalmente dio sus frutos después de meses de seguimientos y de muchos pasos en falso. El taxidermista tenía su gabinete en los sótanos de un hospital psiquiátrico, situado muy cerca del cementerio de la Puerta de Toledo.

Una tarde de noviembre, con la complicidad de una niebla que vaciaba las calles, Miguel Ángel se acercó al camposanto con la discreción de un adúltero inconfeso. Yo me situé a unos veinte metros del taxidermista, que tiene muy mermada la visión. Iba preparado con arreos de sepulturero para llevarse el cuerpo de la doncella del marqués de Paolini, enterrada esa misma mañana. Sí, señoría. Parece mentira que haya sido yo y no la policía quien pusiera al descubierto el pastel. Sólo le faltaba conducir la carretilla, cargada ya con el cadáver, un centenar de metros para salir del cementerio y entrar por la puerta trasera del sótano.

Sin embargo, un grupo de personas concentradas en la puerta enrejada del camposanto se lo impedía. Elevaban responsos y cantaban odas por las almas de los caídos en la guerra de la Independencia, enterrados allí. Así que decidió esperar, oculto entre la niebla y las lápidas. De fondo podía escuchar algunos cánticos:

*Si por mi cobardía me enviasen al paredón,*

*Si me corresponde pena de ser fusilado,*

*Si los difuntos se levantaran en batallón,*

*Pido gracia para mandar: ¡Fuego al condenado!*

 A lo que alguien del grupo respondía:

*La patria entre nosotros se llena con vuestro nombre,*

*Más en alto que vosotros nadie alzó su palma,*

*Vuestro sacrificio dará valor en donde aliente un hombre,*

*Vuestro dolor tendrá un eco donde solloce un alma.*

 La noche se cernía sobre Madrid y los ripios fueron dejando paso al silencio. Miguel Ángel esperó unos minutos bajo la protección de una enorme cruz de piedra que velaba por el descanso eterno de la familia López Carvajal desde 1847. Cuando se aseguró de que nadie más vagaba por el cementerio, (salvo yo, señoría) se puso en pie y empujó la carretilla, camino de su taller. Pero antes de entrar, una sombra enteca y barbada se interpuso entre la cerradura y la llave.

 - La oscuridad es el refugio de los proscritos y los vampiros. No es extraño que volvamos a encontrarnos, amigo.- Dijo la sombra con la voz de Valle-Inclán.

 Me dio un vuelco el corazón porque el plan que había puesto en marcha podía al fin dar sus frutos. Yo mantuve la compostura sin hacer notar mi presencia. Miguel Ángel también se sorprendió y no pudo evitar que don Ramón comenzara a dar vueltas alrededor de la carretilla. Se agachaba y acercaba sus quevedos para no perder detalle; olisqueaba y volvía a incorporarse.

 - Pensaba que las odas por los patriotas caídos ya habían terminado.- Dijo Miguel Ángel de la Maza queriendo desviar la atención.

 - Así es, pero es que los muertos nos dan mucho trabajo a los vivos, ¿verdad?- Dijo el escritor señalando el bulto de la carretilla.

 Era inútil esconder la evidencia, y mucho más si lo intentaba con Valle-Inclán, que no se dejaría engañar. Como pude comprobar, el taxidermista ya lo conocía sobradamente y esconder semejante secreto a don Ramón sólo conseguiría espolear su curiosidad. Como respuesta, él lo creía capaz de desafiarle a un duelo pese a su manquedad. Así que decidió tirar hacia delante y contar con un aliado de sus fechorías, no sin antes arrancarle una promesa de silencio.

 - Pasa, pero no cuentes nada de lo que veas.

 - Descuida, callaré como una puta.

 Ya no pude contenerme más e irrumpí de pronto desde la oscuridad. Se quedaron los dos petrificados de puro terror, creyendo quizá que acababa de emerger de la carretilla el cadáver corrupto de la doncella del marqués de Paolini, recién desenterrado. De un empujón aparté al taxidermista para quedarme sola con Valle-Inclán, frente a frente. Entonces extraje un cuchillo, oculto entre la blusa. Bastó un solo derrote. Valle-Inclán cayó de rodillas y quedó en el suelo en posición fetal con el cuchillo hundido hasta el mango. La herida debía ser mortal de necesidad.

 Regresé a la pensión a la carrera, horrorizada, señoría, temblando de estupor por la maldad y la depravación que habitan el mundo. He visto que pueden impregnarse en el alma de los hombres y extenderse como una epidemia. El mal existe, sí, y hemos de poner remedio. Yo lo he hecho, señor juez, viniendo aquí a firmar esta declaración. Sólo falta que los demás hagan su trabajo para que el castigo caiga sobre quien lo merezca.

*Fdo. Teresiña Castro Aldao*

\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

 En atención a su requerimiento, he hecho las averiguaciones pertinentes para que su señoría lo tenga en cuenta, en aras de resolver el asunto cuanto antes. Bastantes quebraderos de cabeza nos ha traído el reciente atentado sufrido por S. M Alfonso XIII, nada menos que en el día de su enlace, como para tener que perder tiempo y energías en asuntos de índole tan menor. Qué quiere que le diga, señoría. En mis años que llevo al frente de la comisaría me he enfrentado a multitud de casos que ponen a prueba la paciencia y hacen difícil confiar en el futuro del hombre. En otros, en cambio, también he hallado consuelo y he visto unas muestras de heroísmo que en circunstancias normales uno no esperaría. Pero son los menos. Lo habitual es que tratemos con auténticos miserables, con la hez de la especie humana, en todas sus versiones y perversiones. Eso te hace la piel más dura y a la vez te protege de su contacto en el futuro.

 No ha sido este el caso que nos ocupa, señor juez.

 Indagar en la vida de Teresiña ha sido más fácil de lo que parecía, si bien aprovechamos la ocasión para despejar el terreno, llevándonos preso al sobrino de la casera, el carbonero del ferrocarril, acusado de agresión, estafa y apuestas ilegales, esos delitos que tenía pendientes desde hacía tiempo, usted recordará. Él es uno de esos desgraciados, carne de presidio, cuya carrera criminal llevamos siguiendo desde que era un zagal. Un ejemplo de superación en el delito. Un pieza, vaya.

 Después, preguntamos en el Café de la Montaña y allí nos dijeron que Teresiña solía beberse una botella de anisete los días que había tertulia. Ella solita. Luego salía de allí dando tumbos, un lamentable espectáculo. La impresión que nos transmitieron quienes la han conocido es que era una pobre mujer que no tenía donde caerse muerta. Solían verla siempre con una libretita de mano, anotando todo cuanto veía, como si estuviera escribiendo un diario de sesiones. Ningún testigo, sin embargo, nos sitúa a Teresiña a solas con Valle-Inclán.

 Por eso me extraña esa parte de la confesión en la que afirma haberse encontrado con él, junto a un tal Miguel Ángel de la Maza, disecador de hombres. Lo que faltaba por oír, señoría. No nos consta la existencia de nadie que responda a tal nombre y ni mucho menos que se dedique a una actividad tan vil, hasta ahí podíamos llegar. Esta ciudad todavía es decente. Pese a todo, durante semanas hemos revuelto los tugurios más abyectos en busca de información que apuntara en ese sentido.

Nada.

Ese taxidermista parece haberse diluido de la misma manera que apareció, en la imaginación calenturienta de Teresiña durante una de sus resacas de anisete. Lo cual me lleva a concluir que nada de lo que ha contado se ajusta a la verdad, pues Valle-Inclán también ha negado sufrir agresión alguna. Está vivito y coleando, se lo aseguro.

Cierro la investigación, señoría, si no tiene inconveniente, y acudo ahora a atender otros menesteres de más enjundia, que no está la nación ahora para andar despistándonos con sonatas, habiendo tanto anarquista suelto.

Usted ya me entiende.